

Ethos y Habitus en Antropología. Reflexiones a partir de una trayectoria*.

Beatriz M. Alasia de Heredia (PPGSA/IFCS-UFRJ)

Conferencia proferida en la abertura del VI Congreso

Nacional de Antropología Social, Córdoba, mayo 2004.

**Publicado en Revista DE Antropología AVÁ- Universidad de Misiones. Vol .6,
2005**

Cuando recibí la invitación mi primera reacción fue de sorpresa y no entendí la razón por la cual me habían elegido para ocupar este lugar en el Congreso y por eso rápidamente empecé a pensar qué esperarían de mí. Porque esta invitación y este homenaje me colocan en un lugar diferente a aquel que es mi lugar habitual y que he tenido a lo largo de toda mi historia en el campo de la Antropología. De hecho, escapa a mi lugar en la práctica de los encuentros científicos, donde soy invitada para comentar y discutir trabajos de otros, o voy a exponer mi propio trabajo. La otra práctica que yo reconozco es la de dar clases. Pero aquí no estoy haciendo ni una cosa ni la otra.

El susto fue mayor cuando percibí que había sido invitada junto a Rex Gonzalez, lo que me pareció un absurdo por las diferencias acumuladas, de conocimiento y generación. Pero, claro que me sentí muy honrada. Fui alumna de Rex González y a partir de entonces hice Antropología. Muchos de ustedes, especialmente los más jóvenes pueden decir de él que es un arqueólogo, pero Rex es un antropólogo, porque él nunca entendió la Arqueología de otro modo a no ser como una especialidad o rama dentro de la Antropología, y por lo tanto compartiendo los problemas teóricos. Lo que las diferencia es la técnica utilizada y los medios para resolver los mismos problemas. Fue Rex quien me enseñó a pensar antropológicamente y quien me incentivó a hacer antropología.

Después de todo esto, y frente a esta difícil posición, pensé que si me eligieron para ocupar este lugar es porque soy un objeto de estudio y pensé mucho de que manera podría ser útil aquí, sin que lo que diga sea tomado como mensaje, ni como receta, ni tampoco como una manera de exponer la visión de alguien que viene a reclasificar la

* Quiero agradecer especialmente a mi amigo y colega Jorge Romano con quien desde hace tiempo discuto sobre estas cuestiones. Sus ideas, sugerencias y diálogo fueron fundamentales e hicieron posible el ejercicio que aquí presento.

historia de la Antropología argentina. Por lo tanto, lo que voy intentar hacer es ofrecer algo parecido a lo que sería el negativo fotográfico de mi curriculum.

Lo anterior me generó una serie de cuestiones tales como: ¿desde qué posición estoy hablando?. Aunque tengo doble nacionalidad en algunos momentos y éstos no son pocos, soy una extranjera en los dos países. En términos teóricos tengo un distanciamiento porque tengo dos identidades. A veces pienso si no tendré dentro de mí el yo y el otro. Esto me pasa hasta en la lengua nativa, mezclo allá y mezclo aquí. Esto puede ser resumido en la frase que una estudiante argentina que se acercó después de una presentación mía en las jornadas del IDES en 1998, y en forma de elogio me dijo: “que bien habla el español”.

Todo el tiempo estoy haciendo una traducción. Por eso es que estoy hablando desde una situación liminal, desde un área fronteriza pues, aunque argentina, soy una antropóloga brasileña. Allá se encuentra mi objeto de reflexión, allá realizo el trabajo de campo, allá está mi mercado de trabajo y también allá se encuentran los espacios de disputa dentro del campo antropológico del cual formo parte; yo conozco la antropología brasileña y como antropóloga, la realidad de aquel país. El espacio en Argentina fue interrumpido, me fui una vez y tuve que irme después. Ahora vuelvo, pero siempre como visitante. En fin, esa ambigüedad hace parte de mi vida.

Me pregunté también sobre cuál debería ser el estilo de mi discurso. Podría ser un discurso teórico, pero también podría -si estuviera basado en mi trayectoria- ser un discurso comparativo: la antropología brasileña y la antropología argentina. O podría ser un testimonio. Estoy optando por este último porque me permite poner el énfasis en el diálogo entre mi trayectoria personal y la profesión. No creo que sea tampoco muy original en esto. Es, y así deben tomarlo, una trayectoria que tiene una historia y una experiencia personal; es desde este lugar que voy a hablar.

Para quién voy a hablar? El foco serán los más jóvenes, esto es, los más recientes en la profesión, aquellos que están a medio camino entre la formación y la vida profesional. Pero debo aclarar que no estoy aquí para dar consejos, sino como alguien que tiene una trayectoria que es particular, en lo que puede ser posible ser particular cuando se habla de trayectorias.

Es por pensar en estos términos que acepto, honrada, este homenaje que sin duda tiene un lado individual porque está dirigido a mí, pero que sólo tiene sentido en la medida en que, de alguna manera yo, como tantos otros, representamos a muchas otras

personas, algunas de las cuales están aquí con nosotros o en otros lugares del planeta, y otros que aunque ya no están más entre nosotros, también formaron parte de ese mundo y hoy están presentes en el recuerdo y en su obra.

A las ambigüedades a las cuales ya me referí voy a agregar una mas, voy a situarme simultáneamente como antropóloga y como informante, esto es como productora y producto. Con ese carácter ambíguo voy hablar de los caminos seguidos en términos de vida y de los temas de trabajo, de las interrupciones, de las descotinuidades pero también de la continuidad. No hay una continuidad lineal pues trabajé diferentes temas, pero si hay una línea que relaciona todos los trabajos: todos tienen un mismo tipo de preocupaciones teóricas y metodológicas.

Es claro que sólo puedo hablar a partir de mí misma, pero como no creo en individuos aislados sino en individuos resultantes de procesos sociales mas amplios, mucho de lo que voy a decir aquí refleja, y esa es la intención, a una generación de la que formo parte y por eso también espero dialogar con ellos. En este sentido mi discurso es un discurso polifónico.

Las que puedan parecer afirmaciones son en realidad sólo cuestiones, cuestionamientos, sobre los cuales tengo signos de interrogación. En última instancia estaremos siempre haciendo Antropología, pues la Antropología es el ejercicio del diálogo y un diálogo precisa de dos. La antropologia es la ciencia de la comprensión del otro, y por eso no es filosofía, y si quisiera retomar la formula que tanto nos gustaba en los anos 60, diria que es dialéctica y para aquellos que no quieran usar ese lenguaje, pueden llamarla ,por lo menos la ciencia basada en el diálogo

En este sentido, aunque yo formo parte de la generación que vivía con ideologías completas la crisis de las ideologías por un lado y, por otro el avance de la Antropología por sobre las otras ciencias -en cuanto ciencia que relativiza-, me ayudaron mucho a comprender e incorporar de otro modo esas experiencias.

De qué voy a hablar ?

Hablaré de *ethos* y *habitus* de la Antropología (temas , problemas y autores). Pero como muchos no me conocen voy a hacer primero un resumen de mi vida profesional. Creo que esto permitirá entender mejor los valores y temas con los que trabajo.

Nací en Santa Fé y estudié Historia en Córdoba. Entré en 1960 me recibí en 1964. Fui jefe de trabajos prácticos en Antropologia pocos meses, pues fui despedida

de esa universidad y fui a Bs.As. Allí de la mano de Rex González entré al Centro de Estudios Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, bajo la orientación de Esther Hermitte, con quien hice trabajo de campo en Catamarca. También, fui ayudante de Richard Adams en una investigación sobre bolivianos en Buenos Aires. Desde Buenos Aires fui a Rio de Janeiro al Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, del Museu Nacional de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (PPGAS-MN-UFRJ). Soy el producto de la preocupación conjunta de Rex González, Richard Adams y Roberto Cardoso de Oliveira, quienes en aquellos años discutían proyectos sobre cuál debería ser la enseñanza de la Antropología en América Latina, proyectos entre los cuales se inscribía el Programa de Pós Graduação em Antropologia Social. De esa experiencia de intercambio también formaron parte compañeros como Roberto Ringuelet, Martín Ibañez Novión y Luis María Gatti; y esa experiencia sigue dando frutos hasta hoy.

Era 1971, como alumna de la maestría, participé del proyecto “Estudio Comparativo de Desenvolvimento Regional”, dirigido por Roberto Cardoso de Oliveira y David Maybury-Lewis. En aquella oportunidad integré el grupo, coordinado por Moacir Palmeira, que fue a estudiar la *Plantation* como un Sistema Social. Fue prácticamente allí que constituímos el grupo que inició sistemáticamente los estudios del campesinado en Brasil, tema este que caracterizó durante mucho tiempo al Programa. El trabajo se realizó en la región cañera de la provincia de Pernambuco y cada uno de los investigadores estudió uno de los grupos sociales que integraban aquel sistema social. Roberto Ringuelet estudió los campesinos migrantes, y así otros. En mi caso abordé el estudio del campesinado ligado a las grandes propiedades y estudié específicamente el cálculo económico, la racionalidad económica, y en ese contexto el estudio de la familia como unidad de producción y de consumo, lo que significaba estudiar el campesinado en cuanto un sistema económico específico. Sistemas sociales y Estructura son algunos de los conceptos presentes en ese trabajo, y desde entonces atraviesan mi vida profesional. Entre los autores que marcaron aquella experiencia puedo mencionar a Marx, especialmente en su Introducción a la Crítica de la Economía Política, a Chayanov, y al Bourdieu de los trabajos sobre Argelia.

Habiendo terminado mi maestría, volví a Córdoba en 1973, concursé y permanecí menos de dos años en el cargo, pues en mayo de 1975, junto con 150 profesores más, fui expulsada de la Universidad. Ese período fue intenso en términos

teóricos y políticos, trabajamos en Antropología junto con Luis Maria Gatti en una misma cátedra, y en la otra estaba Ivan Baigorria, amigos que ya no están. Dos días antes del golpe de 1976 nos instalamos en Rio de Janeiro y, aunque entonces no lo sabía, ya en forma permanente. Me inserté en un nuevo proyecto de investigación del que formaban parte, además de los miembros del equipo que habíamos trabajado en Pernambuco (Moacir Palmeira, coordinador, Marie France Garcia, Lygia Sigaud, Afrânio Garcia y Sergio Leite Lopes) otros investigadores que se sumaron en esta nueva etapa; y en ese proyecto inicié mi tesis de doctorado bajo la orientación de Luis de Castro Faria. Fue ahí que estudié una modalidad del sistema de *plantation*, tomando como centro Alagoas, provincia vecina de Pernambuco, donde trabajé las diferentes formas de dominación. Si en Pernambuco había trabajado uno de los grupos ligados al Sistema, en Alagoas estudié en conjunto la complejidad de las relaciones de dominación; esto es analisé cada una de las diferentes categorías sociales y su mayor o menor grado de autonomía relativa. Posteriormente pasé un período en Francia, donde hice mi pos doctorado bajo la orientación de Pierre Bourdieu. Otro momento de suspensión de las actividades académicas se produjo cuando fui Directora de *Greenpeace* América Latina. Simultáneamente, y desde 1988, a ese trabajo anterior sobre problemas agrarios agregué una nueva línea de reflexión sobre las concepciones de política y, más recientemente, con las luchas facciosas entre los políticos para retomar ahora un viejo proyecto, familia y política. Los proyectos “Concepciones de la política” y “Familia y Política” están siendo desarrollados conjuntamente y co-coordinados con Moacir Palmeira.

Desde 1979 soy profesora de la Universidad Federal do Rio de Janeiro en el Programa de Pós Graduação em Sociologia e Antropologia del Instituto de Filosofia y Ciências Sociais (PPGSA-IFCS-UFRJ), que también coordiné; soy investigadora del Conicet local (CNPq), al mismo tiempo que trabajo como consultora de fundaciones y soy miembro de los consejos directivos de varias Organizaciones no Gubernamentales.

Desde 1984 retomé mis contactos profesionales en Argentina. En 1986, durante el congreso de Antropología hice de puente entre Rodriguez Bustamante y Mauricio Boivin, Decano y Secretario Académico de la UBA respectivamente, y del lado brasileño Jose Sergio Leite Lopes, entonces coordinador del PPGAS (MN-UFRJ) para realizar un convenio que seleccionaba estudiantes argentinos para estudiar en Brasil, cuando en Argentina todavía no había posgrados. En la última década, ese intercambio

incluye al PPGSA (IFCS-UFRJ), donde también hubo y hay muchos alumnos argentinos. A este mismo espíritu de compromiso se suman mis viajes periódicos para dar cursos en diferentes universidades: UBA, Salta, Misiones, Córdoba y, más recientemente, el IDES, manteniendo viva mi preocupación, como la de tantos otros colegas, por la reproducción ampliada de la antropología en Argentina.

Tratando de no caer en la idealización del pasado (tema tan importante para la Antropología) y sin pretender decir que la historia comienza conmigo, en los 60, cuando llegué a la Universidad de Córdoba, se vivían años de efervescencia intelectual, y en esto Córdoba no era la única. Pero, me voy a referir a lo que conozco. Hubo profesores que marcaron una época, y aun corriendo el riesgo de cometer injusticias no puedo dejar de mencionar, además de Rex Gonzalez, a profesores tales como Luis Prieto, que hacía Semiología; Raggio en Filosofía; Noe Jitrick, en Letras; Celma Agüero en Historia Contemporánea, y tantos otros que entonces eran alumnos y luego profesores. Si por un lado esto suponía un ambiente fundamental en el cual nosotros nos iniciaríamos, debo decir que, paradójicamente, en Argentina y en Córdoba, inclusive en la misma universidad y hasta en la misma carrera, este no era el grupo que imponía la forma dominante de reflexión, o en todo caso, si modificaron la manera de trabajar, esto no duró mucho tiempo.

En la Argentina de aquellos años las Ciencias Sociales, incluida la Antropología, eran todavía ciencias deductivas. La forma dominante era la de llegar a la realidad a partir de principios teóricos y, en esos términos, el dato obtenido era considerado apenas demostrativo de la teoría de la cual se partía. La posición dominante era la de aquellos que hacían “la profesión del dato”, este “dato” no tenía compromiso político, ese era el momento histórico en que dominaban los coleccionadores, y consecuentemente las colecciones. En Historia el objeto central era el documento y la única crítica a la que era sometido era la de verificar si era auténtico o apócrifo, y esto determinaba “la veracidad” del documento. La crítica era apenas formal, sin considerarlo como una versión que reproducía la visión de quien lo había producido. En otras áreas pasaba algo parecido. Las clasificaciones lingüísticas, que eran dominantes, se contraponían a la semiología que se preocupaba por los significados. Entre los arqueólogos la preocupación era por la pieza arqueológica, el dato sin el contexto, el dato teniendo significado en sí mismo. Dicho de otro modo -y un tanto radicalmente- el dato no era explicativo, y por lo tanto no tenía poder histórico.

Podríamos decir que no se creía en el progreso de la teoría a partir de los datos, el diálogo privilegiado era entre teorías, había hasta un cierto desprecio por el dato. Fue con los profesores mencionados, y en la convivencia con los compañeros que compartimos este descubrimiento, que me enseñaron a ver que el dato modifica la teoría. (Como lo que estoy presentando es una reconstrucción del pasado, debo aclarar que sólo posteriormente percibí y me torné conciente de cómo ocurrió este proceso). En la medida en que los datos eran los que permitían modificar las teorías, estas eran vistas como en constante proceso de construcción. Esa concepción de teoría era de alguna manera subversiva, no sé si en un sentido político inmediato, pero sí porque suponía el cuestionamiento de los cánones establecidos, fueran ellos por orientaciones de derecha o de izquierda. Así, por ejemplo, decir que los campesinos habían actuado contra la revolución en algún proceso histórico, era igualmente imposible porque significaba ir contra lo que Lenin supuestamente habría dicho. Entonces no importaba en qué contexto Lenin había hecho esa afirmación, ni desde que lugar, como tampoco en relación a qué situación histórica. Así desde una perspectiva o de otra se construían tipos ideologizados. Por eso es que decía antes que vivíamos en la época de las ideologías completas, todo se explicaba por la ideología.

También y consecuentemente había algunos temas más nobles que otros. Los obreros eran el gran tema dentro de las ciencias sociales; y lo eran tanto para aquellos que veían el país como formando parte de un momento del proceso histórico que permitiría, mediante el desarrollo, llegar al nivel del primer mundo; como para aquellos que creían en el **por -venir** del Socialismo y que veían en este grupo social los actores fundamentales del proceso. En todos los casos, los demás grupos sociales -entre otros los campesinos porque no se adecuaban a esos modelos- eran considerados como sectores atrasados y, como tales, remanentes del pasado que naturalmente desaparecerían.

Yo también influenciada por este proceso llegué a elaborar un proyecto e hice trabajo de campo pretendiendo estudiar las relaciones sociales entre obreros de la construcción en Buenos Aires, en especial las formas de reclutamiento vía mediadores. Partí con estos datos hacia mi maestría en Río de Janeiro, y aquí hubo una inflexión en mis preocupaciones.

A pesar de mis conflictos y fluctuaciones aquellos profesores que mencionaba me habían introducido en un *habitus* y en una forma de cuestionamiento, que hizo que,

al llegar a Brasil, pudiese reconocer a aquellos que pensaban de manera semejante y que tenían el mismo tipo de preocupaciones.

En Argentina había tenido maestros, como Rex Gonzalez, que enseñaba investigación en la propia investigación, a esto se sumó mi experiencia de trabajo con Richard Adams. Ya en Brasil, el grupo al que me asocié estaba constituido por gente de la misma generación, aunque con diferencias, pues Moacir Palmeira, que era el coordinador y líder del grupo que trabajó sobre el sistema social *Plantation*, en aquel momento había terminado su doctorado donde ya había tratado de este tema que ahora abría para nosotros. Fuimos pares en experiencia de campo y aprendimos el *hábitus* de hacer investigación haciéndola, y en esto la lógica era la misma. Era desde el trabajo de campo desde donde dialogábamos con los modelos teóricos.

Considero que fue un privilegio aprender que la investigación se enseña en la práctica y, por eso, hasta hoy creo en el modelo artesanal de investigación que era el que nos enseñaba la Antropología en Córdoba en los años 60, que retomé en Brasil y que es lo mismo que afirma Bourdieu al definir el trabajo de investigación cuando usa como modelo las relaciones en los talleres de las corporaciones medievales, donde el maestro enseñaba haciendo.

Por eso el trabajo de campo es fundamental, hay que estar en el campo, entendiéndolo no sólo como el momento en que se recoge información, sino como el momento de construcción de los datos en tanto puestos en diálogo con la teoría. Es este diálogo entre dato y teoría el que permite superar la práctica tan frecuentemente difundida, que es la de creer que la disciplina consiste en la mera transcripción de lo dicho por los informantes aunque puesto en un lenguaje sofisticado y pseudo-antropológico para decirlo en los términos de Malinowski. Al transformar la simple información en un dato o, lo que es lo mismo, ver el dato como construido en ese diálogo con la teoría, estaba consiguiendo poner en práctica algo dicho por Marc Bloch en su *Introducción a la historia*, que fue el primer texto que leí como estudiante en Córdoba. O lo que es lo mismo, “nada se encuentra si no se sabe lo que se busca” que aprendiéramos con Gordon Childe.

A lo largo de mi vida profesional, algunas cuestiones, conceptos y problemas me acompañan de forma constante, entre otros: sistemas y estructuras, formas de clasificación y relaciones de poder. Voy a referirme específicamente a estas últimas.

En los años 60, para mí y para mucha otra gente, las relaciones de poder estaban asociadas a las relaciones económicas, a las unidades mayores tales como clases, imperialismo, nación; mientras las grandes unidades de análisis eran el proletariado y la burguesía. Éstos eran los grandes “actores míticos” como los denomina Bourdieu.

La Antropología contribuyó para hacerme ver que estos grandes procesos están compuestos por innumerables, y a veces imperceptibles, acciones cotidianas, y que la “Revolución” está compuesta de micro cambios, y que aquellos que los vivieron nunca pensaron estar frente a un proceso que podría ser revolucionario y menos estar frente a una revolución. En ese sentido esto me hizo retomar y desde entonces mantener siempre presente el análisis de Braudel de la historia que él denomina de Larga Duración, texto que había leído como estudiante de historia. Este autor señala que no se puede ignorar la distancia existente entre el momento y lugar desde donde el investigador observa como una “fotografía” una determinada coyuntura (corta duración), con el análisis del proceso que es su objetivo (la larga duración). Así, el análisis de lo que se denominan crisis no es nada más que una manera de mirar un proceso. La noción de “tiempo del investigador”, o sea, tiempo desde el cual el investigador observa, y el “tiempo histórico” que está en juego, aquí son distintos y fundamentales.

Hacer un análisis antropológico supone partir de las historias individuales que son recuperadas en el micro análisis, en la micro política, ya no buscando grandes actores, ni grandes acciones míticas porque, paradójicamente al hacerlo de este modo, nunca podríamos verlos como tales. Mientras que es a través de esos micro análisis que se puede llegar a comprender los macro procesos.

En la perspectiva anterior, las diferencias parecían secundarias, parecían detalles y por lo tanto no se veía y no interesaba la distancia entre diferencia y desigualdad. Fue haciendo Antropología que conseguí ver que todo el mundo está construido por desigualdades.

La diferencia se torna desigualdad cuando se imponen limitaciones a la capacidad de acceso a los recursos de cualquier tipo. Cuando la diferencia significa desigualdad, las relaciones de poder están más naturalizadas porque están embutidas, cristalizadas en esas desigualdades.

Así aprendí que no sólo hay desigualdades entre los *Senhores de Engenho* y los Trabajadores ligados a ellos, sino que también hay desigualdades entre los diferentes

tipos de trabajadores; y aun aislando cada uno de esos grupos, las diferencias aparecen en el interior de las familias. Entonces, al trabajar con las familias campesinas, observamos que hay diferencias y desigualdades entre los sexos y según los ciclos de vida; y fue el análisis de esas diferencias que me permitió comprender la complejidad de los sistemas de dominación e inclusive me permitió dar sentido a los mecanismos de reproducción de ese sistema. En el caso analizado, la reproducción de las relaciones que mantenían con los grandes propietarios, recaía fundamentalmente en los propios jefes de familia campesinos, quienes tenían la responsabilidad de socialización de sus hijos en la forma de dominación a la que estaban sometidos.

En suma, podemos decir que la explotación no se reduce a la explotación de clases, esto es, “Grandes propietarios” en este caso, *Senhores de Engenho* y trabajadores; sino que en este sistema hay una multiplicidad de relaciones de dominación (violenta y simbólica) que son fundamentales, inclusive para la comprensión de la relación entre los *Senhores de Engenho* y los trabajadores, y para su reproducción.

Esta forma de análisis nos permite además distinguir procesos sociales en los que las desigualdades de sexo y edad pueden pasar a ser desigualdades sociales. Porque pienso que la Antropología consigue cuestionar la diferencia y percibir la desigualdad, ella me permite también observar que la micro política está tan cargada de relaciones de desigualdad como la gran política, o la política con mayúsculas, y el compromiso del antropólogo es decir esto, hablar sobre esto y desvendarlo observando la dominación simbólica y cultural.

El redescubrimiento de la complejidad de los modelos de dominación nos impide caer en los modelos clasificatorios tales como “clase conciente” versus “clase inconciente” de los que tanto hablábamos en aquellas épocas, y que hoy están encapuchados porque están escondidos bajo otras formas.

Análisis comprensivos permitirán también distinguir discurso y práctica. Aquí es pertinente la distinción entre aquello que es socialmente incorporado (prácticas), y lo que es socialmente objetivado (instituciones). El cambio social supone modificaciones en los dos niveles. El cambio de sólo uno de estos aspectos, por ejemplo de leyes, normas, etc., sin que esté acompañado de cambios en las prácticas sociales, hace que nada cambie. En este sentido, la existencia de la lógica de la política con la que vengo trabajando, presente en la práctica de los partidos en general -inclusive los de izquierda-, me permite observar que éstos también siguen las prácticas de tipo clientelares,

inclusive está fuertemente presente el faccionalismo, no entendido como lucha ideológica, sino como lucha de poder entre individuos y grupos. Dicho en otros términos, muchas veces se cambia el discurso y se reproducen las prácticas. Discurso y prácticas (*habitus*) conforman una relación dialéctica. Y por eso el análisis de la complejidad de las formas de dominación es esencial para pensar en los cambios sociales, como también para analizar el lugar del antropólogo, en tanto él es productor y producto de esa dominación.

No es raro constatar que las relaciones de poder están también presentes en los modelos elaborados por la ciencia, cuando acaban legitimando los sistemas de clasificación con los que operan determinados grupos sociales. Algunas veces esto ocurre involuntariamente, inclusive con la ciencia que pretende combatir las representaciones expresadas en los sistemas de clasificación con los que operan los grupos sociales dominantes de la sociedad. Una vez hablé en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) sobre estos sistemas de clasificación y sus efectos en los casos por mí analizados, pero de esto no voy a hablar aquí. Lo hice apenas para ir entrando más directamente en la cuestión del *ethos*, tan importante en Antropología.

Quería referirme apenas a un aspecto, el del “compromiso”, que es uno de los valores centrales entre muchos de nosotros. Y aquí se plantea un problema: ¿cómo mantener el rigor científico sin excluir el compromiso político? O inclusive: ¿cómo ser militante manteniendo al mismo tiempo el rigor científico? Un problema común es el descalificar uno en pro del otro, o el legitimarse en uno usando el otro.

Estas actitudes traspasan fronteras y de hecho esas eran también las preocupaciones en Brasil cuando llegué.

Había en común un compromiso con una actitud de conocimiento, y no con una teoría ni con la nobleza de los temas.

El compromiso según lo entiendo hoy, no pasa por estudiar determinados temas -si pienso en Brasil hoy tendría que pensar en temas actuales como villas miserias, seguridad o SIDA entre otros -, sino por una manera de preguntarse sobre las diferencias que se hicieron desigualdade-, pues al interrogarnos sobre esas cuestiones estaremos comprendiendo cualquier tema, inclusive esos. La Antropología me enseñó que para pensar políticamente no tenía que estudiar necesariamente movilizaciones, ocupaciones de fábricas; en suma, el compromiso no está en el tema, por eso no hay

temas nobles, sino en la rigurosidad en el tratamiento y siempre discutiendo el lugar desde donde el antropólogo lo trabaja.

El compromiso con la actitud de conocimiento fue el que en el grupo que constituimos hasta por esa identificación entre otras, hizo con que tuviéramos, en un determinado momento, la posibilidad de vincular el compromiso social con el compromiso con el conocimiento, sin que éste fuera descalificado. La reflexión sistemática sobre esta cuestión y la certeza de la diferencia existente entre ambas formas de compromiso –así como de la legitimidad de cada uno- fue lo que hizo posible que productos de investigación pudieran ser puestos en diálogo con lo social y pudieran transformarse inclusive hasta en parte de la lista de reivindicaciones de los trabajadores rurales de la región cañera de Pernambuco y de Río de Janeiro, en las negociaciones salariales en algún momento en Brasil. Es este mismo compromiso el que nos llevó prácticamente a todos nosotros a asesorar organizaciones de trabajadores rurales, en diferentes momentos.

Ese doble compromiso es posible siempre que se tenga en cuenta, por un lado, que se trata de dos formas de conocimiento y que por lo tanto no son automáticamente transponibles, hay muchas mediaciones entre ambas. Y por otro, que no se use la legitimidad académica para trabajar con los grupos sociales o, al contrario, que se utilice la legitimidad política junto a determinados grupos sociales, como medio de legitimación del trabajo académico.

No obstante, esta separación tampoco era fácilmente comprendida en Brasil, donde la tendencia dominante era también la de confundir los dos lados. Esto ocurría porque lo que estaba en juego era una relación de poder que a veces los antropólogos ejercemos hasta independientemente o aun en contra de las voluntades individuales, y esto pasa cuando no existe una reflexión sistemática sobre nuestro papel, lo que acaba a veces invalidando tanto el trabajo académico cuanto el compromiso político, corriendo el riesgo inclusive de perjudicar a los propios actores sociales a los cuales se pretendía proteger. E inversamente, no es raro que se clasifique a aquellos que no participan en forma militante como reaccionarios.

Y pensando en estos términos podría remontarme hasta Malinowski, diciendo que la Antropología siempre estuvo cargada de relaciones de poder. Esto trae como corolario el cuestionamiento sobre la existencia de la llamada “neutralidad antropológica”. La “neutralidad” es el resultado del diálogo entre los dos compromisos,

es casi el equilibrio entre ambos y también el resultado de su cuestionamiento constante, y del cuestionamiento desde la posición desde la cual el investigador realiza su trabajo.

Porque en realidad, la diferencia, que es un elemento central entre el yo y el otro, está cargada de poder. Al percibir la diferencia, también y simultáneamente se perciben las relaciones de poder, y por eso, tenemos que operar con ella. Por esta razón, podemos afirmar que en Antropología no hay una contaminación entre lo científico y lo político, siempre y cuando se tenga en cuenta que la diferencia está asociada al poder. En suma, debemos ser conscientes de que hay que tener valores y posiciones para lidiar con esto.

Paradojalmente, aquellos que diluyen la diferencia acaban, por la misma razón, anulando la posibilidad de conocimiento antropológico. Nunca se puede ser el otro, como dicen los clásicos, aunque se viva con él. Puede ser que hasta ocurra que estén en la misma posición, pero la diferencia estará siempre en la **condición** de cada uno. Se trata entonces de que, una vez que reconozcamos la diferencia, tratemos de disminuir la desigualdad.

El hablar de valores como desigualdad y compromiso, entre otros, nos revela que el *habitus* es el *ethos* en la práctica, ya que el *ethos* no es inmutable, estableciéndose así una relación dialéctica entre ambos.

Para concluir, mas una vez paradojalmente, estas actitudes ponen en relación abordajes que no necesariamente estaban relacionados, pero que terminaron por relacionarse en mi trayectoria y esto es lo que querría retomar aquí.

Si tuviera que resumir mi trayectoria intelectual, y recordando que mi foco son los que recién están llegando a la Antropología, podría radicalizar y decir que vengo del neo evolucionismo de Steward a través de Rex González que trabajó con él, y más tarde de su compañero de estudios Wolf, que fue uno de los autores centrales para iniciar mis estudios de campesinado. Pero, eso se fusionó en mi caso con la semiología, con el marxismo llamado estructural y el marxismo gramsciano en la “escuela” de Pasado y Presente, con una antropología estructural en Brasil, a la que se suma el marxismo estructural por el que pasó nuestro grupo, que estuvo en diálogo con la sociología reflexiva del Bourdieu de Argelia, cuando este autor estableciera el diálogo entre una etnografía y la sociología reflexiva del inicio de su trayectoria. En Brasil también recuperé la otra gran escuela americana de estudios campesinos del grupo de Redfield en la que fue formada Esther Hermitte, el otro gran grupo de investigadores de estudios

de área liderados por Steward, en Puerto Rico. A lo que se agrega la antropología inglesa, y etc, etc.

¿Cuáles son las lecciones que de todo lo anterior pude extraer, y que mucho me sirvieron? Que no me parece que sea necesario ni productivo adscribirse a una escuela determinada, esto lo aprendí en ese diálogo con otros, o lo que es lo mismo, haciendo Antropología pues, como ya dije, la Antropología es fundamentalmente diálogo.

No es necesario buscar rótulos porque ellos son el anti diálogo. La Antropología no puede ser vista como una secta que tiene todas las respuestas, porque nosotros queremos que, al contrario, nos ayude a hacer preguntas.

Consecuentemente, los antropólogos no tenemos porqué tener miedo del cuestionamiento, enfrentando como necesaria la construcción y desconstrucción del conocimiento.

Ustedes deben pensar que mi discurso es “prehistórico”, ya que sólo hablé de conceptos clásicos, pero si lo hice es porque creo sinceramente que en Antropología hoy no necesitamos tanto de nuevos conceptos, pues los existentes, en mi experiencia ganaron mucho más sentido cada vez que fui a trabajar con temas nuevos. La cuestión, para mí, es que no se trata de usar nuevos conceptos, sino de pensar en qué sentidos los ponemos a dialogar, y pienso que esas actitudes son las que nos van a permitir superar ciertas modas. No es que las modas no tengan importancia, al contrario, ellas deben ser analizadas teniendo en cuenta que son datos, esto es, formas construidas de conocimiento. Es desde esta perspectiva que podremos avanzar teóricamente.

Hasta aquí llega mi lectura personal de algunos de los valores que formaron a mi generación. ¿Cuál es la actualidad de todo lo que dije? Para Brasil tal vez yo tenga algunas respuestas, inclusive algunas fueron mencionadas. Pero, para la Argentina, ¿cuáles serían? Esto les cabe a ustedes responder. No es que pensar Brasil no me haya ayudado a repensar cuestiones en Argentina (lo hago permanentemente), pero no tengo aquí mi campo y por lo tanto no puedo actuar sino apenas como nativa o a partir de los datos construidos por otros. Creo que algunas de estas cuestiones y problemas van a ser tratados y serán objeto de reflexión, tal vez hasta respondidos en muchas de las sesiones del congreso en los días que siguen.

Expuse mis ideas y al hacerlo me expuse, pero creo que esto es lo que hacemos haciendo Antropología.

Finalmente, quiero agradecer muy sincera y profundamente a todos los organizadores del congreso, en primer lugar por su generosidad y también por darme este regalo de estar compartiendo con ustedes este momento. Agradezco a todos los presentes, compañeros, colegas y alumnos.